

das ; y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco , porque confesó , y no tuvo ánimo de decir nones : porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí , y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas ; y para mí tengo que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo asi, respondió D. Quijote, el cual pasando al tercero preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo : yo voy por cinco años á las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo D. Quijote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre sin tener adonde comprar lo que ha menester : dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atrallado como galgo ; pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pasó D. Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar, y no respondió palabra ; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo ; este hombre honrado va por cuatro años á galeras habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Asi es, replicó el galeote, y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo : en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo D. Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es asi como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida, y aun habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja ; y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mugercillas de poco mas á menos, paguecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y quando es menester dar una traza que

importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cual es su mano derecha : quisiera pasar adelante, y dar las razones por qué convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello ; algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar : solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan ; que es libre nuestro albedrio y no hay yerba ni encanto que le fuerze : lo que suelen hacer algunas mugercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Asi es, dijo el buen viejo ; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar ; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas ; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato : y aqui tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno, y se le dió de limosna. Pasó adelante D. Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no menos sino con mucha mas gallardía que el pasado : yo voy aqui porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías : finalmente tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare : probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, vine á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro ; un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traía una cadena al pie

tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo, ó pie de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso caudado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó D. Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otras. Respondióle la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera no iban seguros dél, sino que temian que se les había de huir. ¿Qué delitos puede tener, dijo D. Quijote, si no han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dijo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco. Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman asi, embustero? dijo la guarda. Si llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso quitar, dijo Gines, si quedara en docientos ducados. ¿Tan bueno es? dijo D. Quijote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren: lo que le sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen. ¿Y como se intitula el libro? preguntó D. Quijote. *La vida de Gines de Pasamonte*, respondió él mismo, ¿Y está acabado? preguntó D. Quijote. ¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? lo que está escrito es desde mi

nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo D. Quijote. Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Gines, y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo D. Quijote. Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su magestad manda: si no, por vida de..... basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas: mas D. Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algun tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena dijo: de todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teniades: todo lo cual se me representa á mi ahora en memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y oprimidos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: cuanto mas, señores guardas, añadió D. Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vos-

otros; allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres no yéndoles nada en ello: pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si la cumplis, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo: váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió D. Quijote; y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pie á sus dardos y arremetieron á D. Quijote que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal si los galeotes, viendo la ocasión que se le ofrecía de alcanzar libertad, no la procuraran procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á D. Quijote que los acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caído le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban. Entristeciósese mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la santa hermandad, la cual á campana herida saldria á buscar los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se embosecasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dijo D. Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que

mas á Dios ofende es la ingratitud : digolo porque ya habeis visto , señores , con manifiesta experiencia el que de mí habeis recibido , en pago del cual querria , y es mi voluntad , que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos , luego os pongais en camino y vais á la ciudad del Toboso , y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso , y le digais que su caballero el de la Triste Figura se le envia á encomendar , y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad , y hecho esto os podreis ir donde quisiéredes á la buena ventura . Respondió por todos Gines de Pasamonte , y dijo : ló que vuestra merced nos manda , señor y libertador nuestro , es imposible de toda imposibilidad cumplirlo , porque no podemos ir juntos por los caminos , sino solos y divididos y cada uno por su parte , procurando meterse en las entrañas de la tierra , por no ser hallado de la santa hermandad , que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca : lo que vuestra merced puede hacer , y es justo que haga , es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced , y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia , huyendo ó reposando , en paz ó en guerra ; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto , digo á tomar nuestra cadena , y á ponernos en camino del Toboso , es pensar que es ahora de noche , que aun no son las diez del dia , y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo . Pues voto á tal , dijo D. Quijote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta , don Ginesillo de Paropillo , ó como os llamais , que habeis de ir vos solo rabo entre piernas con toda la cadena á cuestras . Pasamonte , que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que D. Quijote no era muy cuerdo , pues tal disparate habia cometido como el de querer darles libertad) viéndose tratar mal y de aquella manera , hizo del ojo á los compañeros , y apartándose aparte comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre D. Quijote , que no se daba manos á cubrirse con la rodela , y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela que si fuera hecho de bronce . Sancho se puso tras su asno , y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía . No se pudo escudar tan bien D. Quijote que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza , que dieron con él en el suelo ; y apenas hubo caido cuando fue sobre él el estudiante , y le quitó la bacía de la cabeza , y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra , con que la hizo casi pedazos : quitáronle una ropilla que traía sobre las armas , y las medias calzas le que-

rian quitar si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gaban, y dejándole en pelota, repartiendo entre si los demas despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y D. Quijote, el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos; Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la santa hermandad; D. Quijote mohinísimo de verse tan malparado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que le aconteció al famoso D. Quijote en Sierra Morena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan malparado D. Quijote dijo á su escudero : siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar : si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia; y escarmentar para desde aquí adelante. Asi escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la santa hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedis : y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo D. Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condicion, que jamas, en vida ni en muerte, has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos : que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques mas; que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo no solamente á la

santa hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los siete mancebos, y á Castor y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que aunque zafio y villano, todavia se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: asi que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudare, y sigame, que el caletre me dice que heimos menester ahora mas los pies que la manos. Subió D. Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno se entraron por una parte de Sierra Morena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas por no ser hallados si la hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos dias, á lo menos todos aquellos que durase el matalotage que llevaba, y asi hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fe todo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Gines de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena por virtud y locura de D. Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la santa hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á D. Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasion de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Gines, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio, el cual viéndose sin él comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que D. Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ó hijo de mis entrañas, nacido

en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis marávedis que ganaba cada dia mediaba yo mi despensa. D. Quijote, que vió el llanto y supo la cosa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á D. Quijote la merced que le hacia, el cual como entró por aquellas montañas se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciansese á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado (despues que le pareció que caminaba por parte segura) sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y asi iba tras su amo cargado con todo aquello que habia de llevar el rucio, sacando de un costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entretanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos, y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar no sé qué bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester, y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cojin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandóle su amo que viesse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y asi como los vió dijo: bendito sea todo el cielo que nos ha deparado una aventura que sea de provecho; y buscando mas halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió D. Quijote, y mandóle que guardase el dinero; y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lencería la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por D. Quijote dijo: paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y saltéandole malandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar

en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dejaran aquí este dinero. Verdad dices, dijo D. Quijote, y así no adivino ni doy en lo que esto pueda ser; mas espérate; veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho también lo oyese, vió que decía desta manera:

O le falta al amor conocimiento,
 O le sobra crueldad, ó no es mi pena
 Igual á la ocasion que me condena
 Al género mas duro de tormento.
 Pero si amor es dios, es argumento
 Que nada ignora, y es razon muy buena
 Que un dios no sea cruel: ¿ pues quién ordena
 El terrible dolor que adoro y siento?
 Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
 Que tanto mal en tanto bien no cabè,
 Ni me viene del cielo esta ruina.
 Presto habré de morir, que es lo mas cierto,
 Que al mal de quien la causa no se sabè
 Milagro es acertar la medicina.

Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. ¿Qué hilo está aquí? dijo D. Quijote. Páreceme, dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahí hilo. No dije sino Fili, respondió D. Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. ¿Luego también, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? Y mas de lo que tú piensas, respondió D. Quijote, y veráslo cuando llesves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso: porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los mas caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes: verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen mas de espíritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja D. Quijote, y dijo: esto es prosa, y parece carta, ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió Don Quijote. Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mu-

cho destas cosas de amores. Que me place, dijo D. Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vió que decia desta manera :

« Tu falsa promesa y mi cierta desventura me llevan á parte donde »
 » antes volverán á tus oídos las nuevas de mi muerte, que las razo- »
 » nes de mis quejas. Desechásteme ; ó ingrata ! por quien tiene mas, »
 » no por quien vale mas que yo ; mas si la virtud fuera riqueza que »
 » se estimara, no envidiara yo dichas ajenas ni llorara desdichas »
 » propias. Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras : »
 » por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mu- »
 » gger. Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo »
 » que los engaños de tu esposo esten siempre encubiertos, porque »
 » tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo no tome ven- »
 » ganza de lo que no deseo. »

Acabando de leer la carta dijo D. Quijote : menos por esta que por los versos se puede sacar mas de que quien la escribió es algun desdeñado amante : y hojeando casi todo el librito halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no ; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos, y llorados los otros. En tanto que D. Quijote pasaba el libro pasaba Sancho la maleta sin dejar rincón en toda ella ni en el cojín que no buscarse, escudriñase é inquirese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado : tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gaban, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recibida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quien fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido á algun desesperado término ; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas

alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza : figurósele que iba desnudo , la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna ; los muslos cubrian unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrian las carnes : traia la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el caballero de la Triste Figura : y aunque lo procuró, no pudo seguille porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo él de suyo pisacorto y flemático. Luego imaginó D. Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en sí de buscallo aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle, y asi mandó á Sancho que se apease del asno, y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones ; y sirvale esto que digo de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Asi será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar aunque te falte el ánima del cuerpo ; y vente ahora tras mí poco á poco o como pudieres, y haz de los ojos lanternas ; rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió : harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir ; y asi fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco. Engañaste en eso, Sancho, respondió D. Quijote, que ya que hemos caido en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos : y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese : asi que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo ; y asi picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte : y habiendo rodeado

parte de la montaña hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces D. Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. El respondió á gritos, que quién les habia traído por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde D. Quijote estaba dijo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que ha yá seis meses que está en ese lugar: diganme ¿han topado par ahí á su dueño? No hemos topado á nadie, respondió D. Quijote, sin o á cojin y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desman y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta allombre cosa donde tropieze y caya sin saber cómo ni cómo no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo, y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé, y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro. Decidme, buen hombre, dijo D. Quijote, ¿sabeis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pie de seis meses poco mas á menos que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cojin y maleta que decis que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dijimosle que era esta donde ahora estamos; y es asi la verdad, porque si entráis media legua mas adentro quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine: digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas, y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hácia la sierra; y desde entonces nunca mas le vimos hasta que desde allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió

muchas puñadas y coces, y luego se fue á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traía, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él: pedimosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitacion dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomaba la noche; y acabó su platica con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habíamos si en él no le acompañáramos, considerándole como le habíamos visto la vez primera, y cual le veíamos entonces; porque, como tengo dicho, era un muy gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona, que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta que bastaba á darse á conocer á la mesma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia di-

ciendo : ¡ ha fermentado Fernando ! aquí , aquí me pagarás la sinrazon que me hiciste , estas manos te sacarán el corazon donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas , principalmente la fraude y el engaño : y á estas añadía otras razones , que todas se encaminaban á decir mal de aquel Fernando , y á tacharle de traidor y fermentado . Quitámossele pues con no poca pesadumbre , y él sin decir mas palabra se apartó de nosotros , y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas , de modo que nos imposibilitó el seguille : por esto conjeturamos que la locura le venia á tiempos , y que alguno que se llamaba Fernando le debia de haber hecho alguna mala obra tan pesada , cuanto lo mostraba el término á que le habia conducido : todo lo cual se ha confirmado despues acá con las veces , que han sido muchas , que él ha salido al camino , unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer , y otras á quitárselo por fuerza ; porque cuando está con el accidente de la locura , aunque los pastores se lo ófrezcan de buen grado , no lo admite , sino que lo toma á puñadas ; y cuando está en su seso lo pide por amor de Dios cortes y comedidamente , y rinde por ello muchas gracias , y no con falta de lágrimas : y en verdad os digo , señores , prosiguió el cabrero , que ayer determinamos yo y cuatro zagales , los dos criados y los dos amigos míos , de buscarle hasta tanto que le hallemos , y despues de hallado , ya por fuerza , ya por grado le hemos de llevar á la villa de Almodóvar , que está de aquí ocho leguas , y allí le curaremos , si es que su mal tiene cura , ó sabremos quién es cuando esté en su seso , y si tiene parientes á quien dar noticia de su desgracia . Esto es , señores , lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado ; y entended que el dueño de las prendas que hallastes es el mesmo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez (que ya le habia dicho D. Quijote como habia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra) ; el cual quedó admirado de lo que al cabrero habia oido , y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco , y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado de buscallo por toda la montaña , sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle ; pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba , porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra , que salia donde ellos estaban , el mancebo que buscaba , el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca , quanto mas de lejos . Su trage era cual se ha pintado , solo que llegando cerca vió D. Quijote que un colete hecho pedazos que sobre sí traia era de ambar , por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traia no debia de ser de infima calidad . En llegando el mancebo á ellos los saludó con

una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. D. Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire le fué á abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar *el Roto de la mala figura*, como á D. Quijote el de la *triste*, despues de haberse dejado abrazar le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de D. Quijote le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de D. Quijote, que D. Quijote lo estaba de verle á él: en resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fue el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPITULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

Dice la historia que era grandisima la atencion con que D. Quijote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual prosiguiendo su plática dijo: por cierto, señor, quien quiera que seais, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos que con mas que la voluntad pudiera servir la que habeis mostrado tenerme en en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió D. Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuere menester buscarle, buscarle con la diligencia posible; y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en la desgracias hallar quien se duela dellas: y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas habeis amado ó amais, que me digais quién sois, y la cosa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ageno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona; y juro, añadió D. Quijote, por la órden

de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido. El caballero del *Bosque*, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacia sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le hubo bien mirado, le dijo: si tienen algo que darne á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido yo haré todo lo que se me manda en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullia que tragaba, y en tanto que comía ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer les hizo señas de que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demas hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, despues de haberse acomodado en su asiento, dijo: si gustais, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habeisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interromperez el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagais, en ese se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron á la memoria de D. Quijote el cuento que le habia contado su escudero cuando no acertó el número de las cabras que habian pasado el rio, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto prosiguió diciendo: esta prevencion que hago es porque querria pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que el traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, mas presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo. D. Quijote se lo prometió en nombre de los demas; y el con este seguro comenzó desta manera.

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores de esta Andalucía, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo

acertara á desearme : tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo , pero de mas ventura , y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia : á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años , y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos , y no les pesaba dello , porque bien veian que cuando pasaran adelante no podian tener otro fin que el de casarnos , cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linage y riquezas : creció la edad , y con ella el amor de entrambos , que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa , casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas , y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo ; porque aunque pusieron silencio á las lenguas , no le pudieron poner á las plumas , las cuales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado ; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡ Ay cielos , y cuantos billetes la escribi ! ¡ cuan regaladas y honestas respuestas tuve ! ¡ cuantas canciones compuse , y cuantos enamorados versos , donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos , pintaba sus encendidos deseos , entretenia sus memorias , y recreaba su voluntad ! En efecto , viéndome apurado , y que mi alma se consumia con el deseo de verla , determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio , y fué el pedirselo á su padre por legitima esposa , como lo hice : á lo que él respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle , y de querer honrarme con prendas suyas , pero que siendo mi padre vivo , á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda , porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo , no era Luscinda para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento , pareciéndome que llevaba razon en lo que decia , y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese ; y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba , y al tiempo que entré en un aposento donde estaba le hallé con una carta abierta en la mano , la cual antes que yo le dijese palabra me la dió , y me dijo : por esa carta verás , Cardenio , la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo , como ya vosotros , señores , debéis de saber , es un grande de España , que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta , la cual venia tan encarecida , que á mí mismo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella

se le pedía, que era que me enviase luego donde él estaba; que quería que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Léí la carta, y enmudecí leyéndola, y mas cuando oí que mi padre me decia : de aquí á dos dias te partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del duque; y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcanzes lo que yo sé que mereces : añadió á estas otras razones de padre consejero. Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria : él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced habian de ser en perjuicio suyo; pero el que mas se holgó con mi ida fue un hijo segundo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que D. Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con D. Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traía con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál de estas cosas tuviese mas excelencia, ni mas aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de D. Fernando, que se determinó para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas D. Fernando, como astuto y discreto, se rezeló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado en vez de buen criado á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venia, y así por divertirme y engañarme me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la

memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre con ocasion que darian al duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver cuan buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pudiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio á pesar de los mas firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo, y esperaba ocasion de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el duque su padre haria cuando supiese su disparate. Sucedió pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atras aquello que parecia amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor: quiero decir, que asi como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos, y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecucion. Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta por mi mal á D. Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumpliselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos: vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo vereis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle mas el deseo (que á mí me zelaba, y al cielo á solas descubria) quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban

todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mugeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que puesto que yo veía con cuan justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razon á rezelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática aunque la trujese por los cabellos : cosa que despertaba en mí un no sé qué de zelos, no porque yo temiese reves alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacía temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondía, á título que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció pues, que habiendome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.... No bien hubo oído D. Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo : con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda : así que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta muger del mundo; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al bueno de D. Rugel de Gracia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no dura mas en hacerse la enmienda de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores : y perdóneme vuestra merced el haber contravenido á lo que prometimos de no interromper su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna : así que, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace mas al caso. En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que

queda dicho se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: no se me puede quitar del pensamiento ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabat estaba amancebado con la reina Madasima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera D. Quijote (y arrojóle, como tenia de costumbre), y esa es una muy gran malicia, ó bellaquería por mejor decir: la reina Madasima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madasima le habia oido. ¡Extraño caso! que asi volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentis y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él, y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si D. Quijote no los pusiera en paz se hicieran pedazos. Decia Sancho asido con el cabrero: déjeme vuestra merced, señor caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como

yo, y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado. Asi es, dijo D. Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y Don Quijote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Dijole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPITULO XXV.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo á la penitencia de Beltenebros.

Despidióse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: señor D. Quijote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi muger, y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida: si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con esto pasara mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió D. Quijote, tú mueres porque te alze el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condicion que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea asi, dijo Sancho, hable yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvo conducto, digo que ¿qué le iba á vuestra

merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ¿ó qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun mas de seis torniscones. A fe, Sancho, respondió D. Quijote, que si tú supieras como yo lo sé cuan honrada y cuan principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es que aquel maestro Elisabat, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio. Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para que hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda; pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mugeres cualesquiera que sean, cuanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, ademas fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabat le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aqui tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras docientas todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente en su bolsa lo siente: cuanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo? cuanto mas que de Dios dijeron. Válame Dios, dijo Don Quijote, y que de necedades vas, Sancho, ensartando. ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y

deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el cual despues de hallado quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo D. Quijote, porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo Don Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para D. Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan juro cierto. Digo asimismo que cuando algua pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y asi lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrate vivo de prudencia y de sufrimiento, como tambien nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habian de ser, para dejar ejemplo á los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto asi como lo es, ballo yo, San-

cho amigo, que el caballero andante que mas le imitare estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería : y una de las cosas en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros ; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido : asi que me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, desca-bezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas, y deshacer encantamientos : y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para que se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿Ya no te he dicho, respondió D. Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldan cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldan ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser mas esenciales ; y podrá ser que viniese á contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que mas. Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias ; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿qué dama le ha desdeñado? ¿ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano? Ahí está el punto, respondió D. Quijote, y esa es la fineza de mi negocio : que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias : el toque está desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado ; cuanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora ma Dulcinea del Toboso ; que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme : asi que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion : loco soy, loco he

de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal cual á mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada: así que de cualquiera manera que responda saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo cual respondió Sancho: vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamaremos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de cuatro dias, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi muger y hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro, dijo D. Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿qué es posible que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y ó otro le parecerá otra cosa: y fue rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiria por quitármele; pero como ven que no es mas de un bacin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como

cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban : corria por su falda un manso arroyuelo , y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso , que daba contento á los ojos que le miraban : habia por alli muchos árboles sylvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y asi en viéndole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio : este el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto : este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la continua las ojas destes montaraces árboles , en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. O vosotros, quien quiera que seáis, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados zelos han traído á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. O vosotras, Napeas y Driadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, asi los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo menos no os canseis de oilla. O Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, asi el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fe se le debe. O solitarios árboles, que desde hoy en adelante habeis de hacer compañía á mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas que no os desagrada mi presencia. O tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello : y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla ; y dándole una palmada en las ancas le dijo : libertad te da el que sin ella queda, ó caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte ; vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho dijo : bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á